

# CADÁVERES



# CADÁVERES

NORBERT HORST

TRADUCCIÓN DE ANA GUELBENZU

**Styria**

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: : *Leibensache*

© Goldmann Verlag. A division of Verlagsgruppe Random House GmbH, Munich.

El libro ha sido negociado a través de Ute Körner Literary Agency S.L. (Barcelona).

© 2006, Ana Guelbenzu, por la traducción.

© 2006, Styria de Ediciones y Publicaciones, S. L.

Tuset, 3 2º - 08006 Barcelona

[www.styria.es](http://www.styria.es)

Primera edición: octubre de 2006

## LA FOTOCOPIA MATA AL LIBRO

ISBN: 84-96626-16-4

Depósito Legal: B-30.351-2006

Diseño de cubierta: Enrique Iborra

Maquetación: Media Circus ([www.media-circus.com](http://www.media-circus.com))

Impresión y encuadernación: Industria Gráfica Domingo, S.A.

*Impreso en España - Printed in Spain*

# ÍNDICE

1. Martes .....	13
2. Miércoles .....	17
3. Jueves .....	49
4. Viernes .....	73
5. Sábado .....	105
6. Domingo .....	119
7. Lunes .....	147
8. Martes .....	181
9. Miércoles .....	215
10. Jueves .....	233
11. Dos semanas después. Viernes .....	241
Agradecimientos .....	253



*Para Elke, Julia y Lukas.*



La acción y los personajes de esta novela son pura ficción.  
Cualquier parecido con personas o hechos reales son casualidad y no deseados expresamente.



# 1

## MARTES

23.40

—Mierda.

La señal digital parpadea. En algún bolsillo tiene que haber algo más. En la mano, delante de la pantalla, sólo brillan monedas de diez y de cinco. Justo ahora que la morena se quiere quitar las bragas, con esa selva de vello púbico... Espero que todavía pueda hacerlo, vamos, pero se toma su tiempo. Cinco, cuatro, tres, dos, uno, ya.

—Programa erótico ciento veintiocho, por favor, seleccione.  
—Por el altavoz suena *Honey, Honey* de Abba.

Voy con cuidado al abrir la puerta, primero miro. En la antesala sólo babea un anciano delante de las cabinas del programa, bien. Avanzo un par de pasos hacia la salida, apesta a limpiador Domestos y a esperma. A través del hueco de la cortina, las farolas se reflejan en el asfalto mojado. Está bien que llueva. Cruzo rápido y estaré en la calle.

—¡No sabía que ahora te dedicabas a los delitos morales! —Schmidt, de la unidad de robos, sonrío con ironía. A estas horas, precisamente aquí.

—Se trata sólo de una consulta por un antiguo caso.

—En plena noche, Dios mío. —Sonríe.

Vamos hacia la estación, espero que tengamos tiempo de llegar al último setecientos nueve. Schmidt saca el tabaco, ofrece uno y fuma.

—¿Cómo os va por ahí, mucho trabajo? —Se carga la bolsa de deporte al hombro y da una calada profunda.

—Vamos tirando. Por suerte, hace tiempo que no tenemos ningún asunto gordo. Tampoco quiero que lo haya, por lo menos, no esta semana. ¡Tengo guardia!

—Tío, estoy hecho polvo, estuve desde las ocho en el estudio. —Se agarra los riñones y tuerce el gesto.

—Tú y tu servilismo.

—Qué remedio, joven. A las chicas les encanta, ja, ja. —Me da un codazo. El reloj de la torre de la estación marca las doce menos diez.

—¡Vamos, date prisa!

—Estoy destrozado, tío. Yo paro un taxi.

Corro. La entrada de la estación está desierta. Tres vagabundos vociferan, dos empleados de la estación se arrastran hacia casa con sus carteras, una máquina barredora limpia los sumideros.

—Largaos de aquí, vagabundos de mierda. Id a trabajar.

Los tres levantan su estúpida mirada, uno gesticula y derrama la valiosa cerveza.

—No te envalentones, Schmidt. Deja a los pobres desgraciados.

—Pero es cierto. Sólo hay basura por todas partes. —Se acerca a una lata.

—Ahora no estás hecho polvo, ¿no? —Son casi las doce—. Y el cincuenta y dos sale el último, seguro que ya se ha ido.

—Venga, tomemos un taxi, vamos en la misma dirección. Yo te dejo antes.

Él se sienta delante.

Todavía quedan cinco noches. Odio las guardias, no me acostumbro. Compruebo el móvil por enésima vez. La ciudad está desierta, hoy apenas hay coches. El taxista conduce rápido y escucha

música de charanga. Como antes en casa, Ernst Mosch y sus músicos, los Original Egerländer. Un imbécil canta: «¿Sabes cocinar fideos?»

—En realidad me suenan las tripas. ¿Conoces algún buen puesto de patatas fritas? —Schmidt se da la vuelta.

—En la esquina de mi casa hay un turco.

—¿A un turco?

—El de Sener está bien.

—¿Tiene el local limpio? —Será idiota.

El taxi se detiene, seis euros con veinte. Schmidt paga, mantiene la puerta abierta, Sener está limpiando las mesas altas.

—Ah, señor comisario, buenas noches.

—Hola, Sener. ¿Te queda algo?

—En una pensión alemana nunca se rechaza a nadie. —Amplia sonrisa—. Sólo pasan diez minutos.

Schmidt estudia el cartel que hay encima de la barra.

—¿Qué es un Adana-Kebab?

—Carne de ternera con verduras.

—La carne de ternera va bien, para entrar algunas proteínas.

Schmidt pide su comida.

Sener abre la puerta de la cocina y grita algo en turco. Trae las cervezas, murmura algo de camino y nos sirve.

—Algunas investigaciones sólo son posibles por la noche —dice Schmidt con una sonrisa. La cerveza está muy fría.

La negra estaba bien. Faltaba un mísero euro, uno. La película era la número cuarenta y siete, creo, casi al principio. Quizá vuelva mañana. Pero también ha estado bien así, ya tenía dos de cinco dentro. Con ese vello, hasta por encima de las bragas.

La puerta oscilante se abre, llega el Adana-Kebab.

Madre mía, pero ¿quién es ésa?

Cabello negro, coleta gruesa. El nacimiento del pelo casi roza las cejas en la sien, de tan apretada que la lleva.

—¿Para quién es? —Schmidt levanta la mano.

Es obvio que la chica no lleva nada debajo de la camiseta, los pechos responden a cada movimiento. Deja el plato, dice algo y se va.

—Ayse, mi sobrina. —Sener sonrío. La puerta se balancea.

—Caramba. —Schmidt llena el tenedor y asiente.

—Nunca la había visto por aquí —digo de pasada.

—Nunca había estado en mi casa, sólo un par de veces de niña.

—¿Y tú eres su querido tío?

—¡Sí! —Hace un gesto de orgullo.

Se abre la puerta, ella la cruza y aguanta los dos batientes.

—Si no hay nada más, me voy arriba. —Se acerca a la mesa. El suave vello resplandece en el brazo, como la seda. Tiene las manos bonitas, no demasiado alargadas, sin joyas.

—Que duermas bien. Y gracias. —Sener le acaricia el pelo, ella posa la mano sobre su hombro. El agujero de una de las mangas de la camiseta me llama la atención, se le ve el vello de las axilas. Aunque te inclines con disimulo a un lado, no le ves los pechos. Vamos, date la vuelta.

—Buenas noches. —Se da la vuelta, demasiado rápido, sonrío y se va.

Una punta de la camiseta cuelga por detrás de los vaqueros negros. Seguro que vuelve a mirar. Me humedezco los labios, la sigo con una mirada plácida. Se suelta la coleta, abre la puerta, desaparece.

Schmidt alza la vista. Mastica y asiente.

—Es preciosa. —Bebe un trago más largo.

—Ayse es medio turca, su madre es de la India. Nuestra familia se parece más a mí. —Sener se da un golpe en la barriga, agarra su trapo y sigue limpiando.

Explica historias de sus clientes y echa pestes de las obras. A mediodía siempre vienen sólo trabajadores. Schmidt contesta siempre con la boca llena, es horrible.

Ayse está en la puerta. Tiene las manos bonitas, los dedos muy suaves, no lleva las uñas pintadas. Las cejas, la nuca oscura, los ojos cálidos... es muy femenina.

Schmidt ya ha terminado.